

Carta de un Turista

por *Sebastián Salazar Bondy*

Bajo el título de 'El turista expoliado', este cronista publicó hace algunas semanas una nota sobre el abuso que ejercían las agencias comerciales de turismo en el Cuzco, a propósito precisamente de las quejas que, a su vuelta de esa ciudad, había expuesto un grupo de estudiantes colombianos que, en peregrinación desde su patria, viniera a la vieja capital incaica. Días después de que aquel artículo apareció, dichas agencias enviaron una rectificación a nuestro diario presentándose como inocentes corderos dedicados, casi por simple amor a su actividad, a fomentar la migración extranjera a los bellos parajes y ricos restos antiguos que guarda esa singular zona de nuestra patria. El autor de la nota decidió remitirla, juntamente con la carta aclaratoria, al profesor colombiano Alvaro Bonilla Aragón, quien fuera víctima de la hegemonía que ejercen aquellas empresas en la región cuzqueña.

Sobre el Abandono

El texto de la respuesta no deja lugar a dudas. "Tienen Uds. —dice el primer párrafo de esa carta— tantos lugares de atracción para los superficiales y ocasionales viajeros que se matriculan en las grandes travesías internacionales como para el estudianto de mirada perspicaz y fina sensibilidad. El Cuzco, por ejemplo, es una de esas ciudades privilegiadas que son como el archivo viviente de las culturas. Pero desgraciadamente, el Cuzco y casi todos los lugares ilustres e insignes del Perú se encuentran abandonados, y muchos corren el riesgo de desaparecer para siempre". Una opinión imparcial coincide pues, con las afirmaciones de todos los que aquí, en la prensa local, han dicho que la situación de las riquezas históricas y artísticas responde a una indiferencia que sólo puede entenderse como criminal.

El profesor Bonilla se refiere luego al monopolio relativo a los autocarriles que unen el Cuzco y Machu-Picchu. "Las agencias de turismo —advierte— contratan o comprometen de antemano dichos vehículos, y así cuando el viajero que se quiere salir del sistema de explotación pregunta en el Ferrocarril siempre se le responde que no hay coches disponibles. Todos están prometidos a las agencias, que a las tres de la tarde deben dar al Ferrocarril la respuesta de si toman o no los autocarriles. Naturalmente, el viajero nada conoce de estos sistemas, y al encontrar la negativa del Ferrocarril se somete al monopolio". En una palabra, una empresa estatal está al servicio de los intereses particulares, en tal forma que sólo aceptando este compromiso, el turista, que ha ido al Cuzco, entre otras razones, por

admirar Machu-Picchu, debe resignarse a sufrir las arbitrariedades impuestas por un régimen francamente lesivo para el país.

Pero el monopolio, a estar por las palabras testimoniales del profesor Bonilla, se extiende a los hoteles. Los estudiantes a quienes acompañaba este pedagogo colombiano estuvieron en el Hotel de Turistas del Cuzco hasta el día en que se iniciaba la "Semana del Cuzco", y les fue dado, conforme lo explican ahora, presenciar el caso de que fueran rechazadas varias reservaciones de particulares porque "todas las habitaciones pertenecían a las agencias de turismo". En la carta que tenemos, el profesor Bonilla dice: "Hasta con esto se le quiere demostrar al viajero que fuera de ese ente misterioso y poderoso que se llama agencia de turismo no hay salvación".

Intereses Comerciales

Los guías, que dependen del "Touring y Automóvil Club", la única institución con visos más o menos nacionales que opera en el país dentro del terreno del turismo, sólo pueden actuar bajo el control de dichas agencias. Y como lo afirma la carta que comentamos, comprobar esta anomalía es difícil. "El guía —añade el profesor Bonilla— obra bajo la amenaza de ser suspendido si trabaja fuera de ellas. Y las agencias de turismo ejercen un jugoso monopolio de las visitas a Machu-Picchu, por ejemplo. Y, apenas es humano, que los guías se sometan a ese monopolio que, por lo menos, les proporciona trabajo. A nosotros nos explicaron dos guías esa situación cuando les fuimos a proponer que nos acompañaran". Es lógico que mientras no se establezca un control estricto continuará campeando, en este orden y en otros, la caprichosa y lucrativa voluntad de los comerciantes del turismo. Estos no están movidos por otro principio que por el de hacer pingües negocios, sin importarles para nada el prestigio del país y la necesidad de que su nombre, rodeado de leyenda, atraiga a los viajeros de todo el mundo. Dejar que exploten esa fuente de recursos, y que la exploten en la forma más torpe y ambiciosa, es entregarles ciertos recursos que bien podrían incrementar, en una medida discreta, los ingresos del Estado.

Con rectificaciones y todo, es clamorosa la expoliación que realizan tales empresas con el turista. Se impone, tal como lo pide el profesor Bonilla y como lo reclaman todos aquellos que han sufrido el descómido tratamiento de las agencias de turismo, una reglamentación rigurosa y una sanción a todos aquellos que usan el Perú y su pasado como instrumento de sus mezquinos intereses comerciales.